

II.

El sepulturero trajo una barreta, dos azadones y dos palas.

—V. E. me ayudará, porque la operación es laboriosa.

Estoy dispuesto, dijo Márquez; y arrojando la capa tomó uno de los azadones.

En uno de los ángulos del patio comenzaron los dos hombres á cavar la fosa con gran celeridad.

Márquez es raquítico; sin embargo, la calentura del terror le prestaba aliento.

A la media hora habían cavado vara y media de profundidad, por otro tanto de longitud.

—Creo que es suficiente, dijo el sepulturero.

—Está bien.

—Mañana se cumple el número *once*, dijo el sepulturero; saquemos los restos de esa señora.

Esa fecha trajo á su memoria el 11 de Abril de 1859.

—Me es funesto ese número, en vano he procurado olvidarle: este es un aviso del destino.

Con la barreta desprendieron la lápida de mármol.

El sepulturero tiró de la caja.

Márquez esperó á que saliese toda, y la tomó por el extremo opuesto.

El cadáver no estaba disuelto: pesaba demasiado la caja.

Con la humedad, el fondo del ataúd se había separado de los lados adyacentes, así es, que al faltarle el lecho del sepulcro, se desprendió, y el cadáver cayó á plomo sobre las baldosas del cementerio.

Un vapor fétido se exhaló de aquellos restos.

Los exhumadores se retiraron desvanecidos por el olor de los miasmas.

—Concluyamos de una vez, dijo Márquez; y tomando el cadáver, que era de una mujer, procurando envolverla en sus negras vestiduras, lo llevó hasta la fosa y lo arrojó con desesperación.

Las exhalaciones del cadáver lo contagiaron, y retrocedió pálido y convulso hasta apoyar su espalda en los nichos.

Recuperóse con aspiración del aire libre, y ayudó al sepulturero á cubrir con la tierra la sepultura.

Acabada aquella siniestra operación, dijo al guarda:

—Si las fuerzas de Porfirio Díaz toman la ciudad, un hombre vendrá á ocultarse en ese sepulcro abierto.

—Está bien.

—Toma.

—Gracias, señor, es mucho oro para mí.

—Tendrás más ese día.

Embozóse en su capa, y salió diciendo para sí:

—Nadie vendrá á buscarme á la tumba; estoy seguro contra la saña de mis enemigos.

Y se adelantó á la fortaleza de Santiago Tlaltelolco, donde había sentado sus reales.

CAPITULO VIGESIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nuestros lectores atravesar al general Fernández con su regimiento rumbo á San Cosme, donde se oían los disparos de la artillería, al tiempo que su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márquez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragozo las detuvo con un grupo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernández hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle, dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cuantas líneas, y el corazón del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo uno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo, y tomó los papeles que le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernández, arrebatado

por sus celos infundados, no había querido leer la carta de Luz, en la que le incluía la de su moribunda madre.

Eduardo llevaba en su cartera la fatal noticia de su horfandad, y por una de aquellas casualidades, preparadas por el destino, ignoraba aún esa pérdida irreparable.

La bala del rifle había roto el sobre de la carta, y el general pudo conocer la letra.

—¡Dios mío, exclamó, soy un insesato! he tenido tanto tiempo las palabras de mi madre sobre el corazón, y no las he querido escuchar..... sí, es su letra; ¡madre mía! ¡tanto tiempo sin saber de tí! Vamos, si no hay un hijo que merezca serlo, y menos yo.

Trémulo de emoción, desdobló el papel y leyó;

“Hijo mío:

“Las aficciones de que he sido víctima en estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba..... Ya no me volverás á ver.....

“Dios me ha enviado un angel que reciba mis últimos suspiros; ese angel de bondad es Luz, de cuyo amor no puedes dudar

“Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro..... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!.....

“Voy á decirte mi última palabra:

“¿Quieres que baje tranquila á la tumba?

“Ofréceme que Luz será tu esposa; esta es mi voluntad, es la voluntad de quien te ha dado el sér y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia..... ¡adiós.....! ¡hijo mío!..... sé bueno.”

Aquí estaba interrumpida la carta, porque la bala había arrancado el fragmento del papel.

Eduardo se sintió desfallecer, bajóse del caballo, apoyó su frente en la cabeza de la silla, y comenzó á llorar en silencio.

—Algo le pasa al general, dijo Juan á su hermano Simón; ese hombre no acostumbra llorar.

Acercáronse con solicitud los gemelos á su padre adoptivo.

—Señor, se aventuró á decir Juan, ¿qué le pasa á usted?

Eduardo no le escuchaba.

—Vamos, algún pesar tiene usted, dígalo á sus dos hijos, ya ve usted cuánto le queremos.

—¡He perdido á mi madre! ¡soy muy desgraciado! exclamó sollozando el general.

Aquellos dos jóvenes abrazaron á su buen amigo, y sus ojos se humedecieron con el llanto, última ofrenda del hijo sobre el altar sagrado del amor filial.

—Vamos al alojamiento, necesita usted descansar.

—Lo que necesito es morir.

—Está usted muy afligido.

--Estoy sólo en el mundo.

--Es verdad, ¿qué vale nuestro cariño ante ese tesoro que acaba Ud. de perder...? no obstante, ya estamos acostumbrados á acompañar á usted, y esto no vale nada; pero cuando uno es huérfano y encuentra la sombra de un corazón bondadoso y lleno de virtud, entonces.....entonces renace la felicidad, y cae un bálsamo en las heridas del alma.....pero ya que no puede escuchar ahora nada, es una impertinencia hablarle de consuelo, cuando lo que necesita es desahogar su pecho.

--Es verdad, dijo Eduardo estrechando á su corazón aquellos pobres huérfanos que tanto le amaban.

Suba usted al caballo, le va hacer mal este sol.

El general obedeció la voz del joven, y triste y cabisbajo se dirigió á su alojamiento.

Los gemelos le dejaron sólo.

II.

--¿Qué habrá pasado con Luz? se preguntaba el general; esa pobre niña ha acompañado á mi infeliz madre en sus últimos momentos.....me parece que oigo aquella voz venerada que al despedirse me encarga á esa criatura.....yo no tengo derecho de abstenerme, mi madre no podía engañar á su hijo. Luz no ha dejado de verla, yo tengo contraída una deuda inmensa de gratitud.....junto á este deber, se levanta el cariño de esa mujer con la esencia purísima de la regeneración.

Aquella alma adolorida, envuelta en la sombra de la desgracia, se sentía alumbrada por un rayo apacible de luz.

Todos sus sufrimientos de los aciagos días de la revolución, estaban compensados, puesto que Luz no le había alvidado.

Su obcecación al no haber querido leer la carta, habría tal vez hecho perder la esperanza á aquella criatura, y sepultar en lo más secreto de su pecho el amor de Eduardo.

¿Le habría olvidado?.....Este era el temor del joven, y á esta terrible idea su amor crecía como una ola arrebatada por el viento.

Los recuerdos santos de su cariño, unidos á la amarga hiel de los pesares, transformaron aquel sér, determinándolo en una situación concentrada de ternura y melancolía.

El triunfo de las armas republicanas estaba decidido, y esto aumentaba más su ansiedad.

Ir al sepulcro de su madre, arrodillarse delante de aquella piedra, arca de sus sueños y de sus esperanzas, llorar hasta

dejar seco el pecho y el corazón, orar ante aquellos restos, contarles como si pudieran oírle, todos sus sufrimientos, todos sus dolores, y pedirle á su buena madre la bendición, ese signo misterioso que llena de perfume la existencia con la influencia de su santidad, correr después á mojar con su llanto la mano de Luz, renovarle su cariño, decirle mil veces que la amaba, que había sido injusto con ella, y hacerla su esposa. He aquí los ensueños y las ilusiones de aquel corazón!

III.

Luz estaba alegre y temerosa, sabía que su amante regresaría pronto del campo, y llegaría á saber que ella se encontraba en la misma ciudad.

Luz fiaba mucho en su hermosura, y más aún en el amor del general: sabía perfectamente que una mirada, una palabra, una lágrima, una sonrisa, harían caer á sus pies á Eduardo.

Esa criatura llena de encantos, era irresistible.

Además, su inocencia, su fé y su pureza, se leían en el cielo siempre claro de su frente.

Cuatro primaveras más habían llevado como una ofrenda á aquella hermosura, todos sus perfumes y atavíos.

Luz estaba más bella, sus contornos habían adquirido una morvidez encantadora, su rostro cierta severidad magestuosa, y su palabra el argentado acento de los ángeles.

Su cabello se había obscurecido, así como el color de sus ojos, y aquellas sombras caídas en la palidez de su magnífico rostro, la destacaban hermosa entre las hermosas.

Su amor, guardado por tanto tiempo en el santuario de su alma, resplandecía como el sol en las pupilas de sus brillantes ojos, y agitaba su seno de nieve como la brisa de la mañana, la espuma de los lagos.

Luz se había puesto á la ventana, donde esperaba que pasase su novio, y estaba engalada con exquisito gusto.

Un traje de musolina transparente como las nubes que rodean á la luna, con unas mangas abiertas rematadas de encaje, flotando sobre sus brazos de alabastro.

Un cinturón rojo, ceñido á aquel talle de abeja con una hebilla de oro donde lucían adornos de perlas y turquesas.

Una corbata de gasa, salpicada de lentejuelas, de seda blanca, donde se ostentaba un alfiler de relicario del mayor gusto.

Su cabello atado en lo alto de la cabeza, puesto en una red finísima, dejando ver sus orejas diminutas sin ningún adorno.

En una de aquellas manos de criatura, llevaba un anillo de pelo y otro de esmalte con un magnífico solitario.

Luz tenía entre sus labios un clavel.

Nunca una rosa tuvo búcaro más perfumado que su mismo cáliz.

Aquel clavel pasaba por abeja sobre la flor entreabierta de esa boca.

Aquella mujer se declaraba en conquista con tantos atractivos.

Algo llamó su atención, pues se levantó violentamente, y asida á la reja de ventana, comenzó á hacer señas con el pañuelo.

IV.

Hemos dicho que la plaza y las calles de Tacubaya estaban completamente llenas.

Entre aquella multitud, había soldados y asistentes que compraban provisiones para sus jefes.

En uno de los puestos que estaba próximo á la ventana donde la joven ostentaba su lujo y su belleza, había dos guerrilleros enamorando á la patrona.

—Oiga, niña, decía uno de ellos; ¿no quiere usted mantener á un flojo?

—Compre lo que ha de comprar y no entretenga.

—Soy y capaz de robármela con todo y melones; mire los mochos no tienen una muchacha tan linda.

—¡Calle! ¡calle! decía la joven vendimiera.

—Ha caído el imperio, y no había de rendirse ese pecho.

—Eso está en veremos.

—No por pobre desmerezco, le voy hacer un *santiaguito*, y sonó las monedas que llevaba en la bolsa del pantalón.

La vendimiera hizo una mueca.

—Este es maíz para las gallinas, yo sé tirar el dinero, conque.....

—Conque, llévase la fruta, que luego se incomoda el general.

—Estanislao Luna no tiembla más delante de esos ojos, dijo el *chinaco* tirándose atrás el sombrero.

Luz, que estaba en la ventana, reconoció al asistente y comenzó á llamarle con el pañuelo.

Luna se acercó á la ventana.

—¡Estanislao! gritó la joven.

—¡Niña Luz! exclamó el guerrillero estrechando por entre las rejas la mano de su protectora.

—¿Y Eduardo?

—Bueno y sano, y con la faja más verde que una lechuga.

—¿No sabe la muerte de la señora?

—¿Conque se murió la vieja, eh? pues me alegro.

—¡Estanislao!

—Es decir, lo siento mucho, porque mi general va á hacer un sentimiento grande, figúrese usted que no habla de otra cosa, sueña con abrazar á la abuela.

—¡Dios mío! exclamó Luz, no ha recibido las cartas, era la única esperanza que abrigaba para recobrar su cariño.

—Niña, me parece mentira ver á usted por acá; ¿recuerda usted la felpa que me pegaron los gabachos por llevar la carta?

A Estanislao Luna le había pasado lo que á Sancho Panza, con los azotes para el desencanto de Doña Dulcinea del Toboso.

—¿Serás capaz de llevar á Eduardo un papelito?

—¡Una resma! por usted hasta las listas de revista.

Luz entró á su gabinete, sacó una tarjeta y escribió estas palabras: "Mi corazón te espera."

Entregó la esquila á Estanislao y le dió un escudo de cuatro pesos.

—Vaya, que está usted como una perla, niña Luz, mi general se va á volver loco, como yo con esa endiantrada frutera que no me quiere hacer formal.

—Ve inmediatamente al alojamiento de Eduardo.

—En el acto y adiós.

Estanislao se detuvo por segunda vez en el puesto y dijo á la muchacha echándose el sombrero á la oreja izquierda.

—Mire, Doña Lupe, aquí tengo con que quererla, y le enseñó el escudo.

La muchacha se sonrió coquetamente.

—Con esto nos paseamos una tarde, conque diga si admite.

—¡Qué hombre tan pesado!

—No es la culpa de quien ama, sino de la que es hermosa.

Un mocetón vendedor de rebozos, que era el novio de la vendimiera, se acercó á Luna y le dijo:

—Oiga amigo no la *ande equivocando*.

—¿Tiene algo la señora con usted?

—¡O no tenga!

Estanislao sacó el machete, lo limpió con el pañuelo y..... lo volvió á la vaina diciendo: *no tengo gana de rifarme*, y escupió por el colmillo.

Luz estaba temblando, pero no pudo menos que reírse al ver el desenlace de aquella reyerta.

V.

Estanislao llegó á la casa y dijo al general mi jefe, *Dios aprieta pero no suelta*, tenga usted ese papelito.

Eduardo tomó la esquila y la leyó violentamente.

—¿Dónde, dónde está Luz?

—Aquí cerca, en su propia casa, junto al cuartel de nosotros.

—¿Y la has visto?

—Sí mi general, está como *tronco*, derecha y linda como una carga de caballería; vamos, si la bandera del regimiento es tan hermosa, ¡viva mi general! Es necesario que toquen *diana*, vea usted, mi general, me ha regalado un escudo.

—Y yo te doy otro.

—¡Viva la patria!

Estanislao se salió contentísimo, tarareando la popular canción de "Mamá Carlota."

CAPITULO VIGESIMOQUINTO.

DE LA MANO Á LA BOCA.

I.

Pascual Rivera dejó tendido al sacristán de Ario de un pistoletazo la noche en que sacó el tesoro del subterráneo de la *Casa de los Duendes*.

Calenturiento de avaricia, se dirigió rumbo á la Capital, quedándose en los caminos para evitar ser robado.

Lleno de penalidades, pero con la satisfacción de haber salvado el tesoro, llegó á la Ciudad de los Mártires é inmediatamente pasó al pueblo de la Piedad albergándose en una de las casueas más humildes.

Esclavo del tesoro, no salía á parte alguna y estaba profundamente inquieto con las entradas y salidas de las fuerzas que sitiaban á México.

Tenía el proyecto de establecerse en la Capital, vender las piedras preciosas, y en caso de prosperar hacer partícipes á sus hijos, cuya legitimidad comenzaba á poner en duda desde que era rico.